

## Historias de Franz

1984 - Christine Nöstlinger

### DE CÓMO SOLUCIONÓ FRANZ SU PROBLEMA

Dos semanas antes del fin del año escolar, la mamá de Franz le dijo: —El abuelo Pedro se muda de casa! ¡Ya no podrás pasar con él la semana que siempre pasabas! —Entonces me quedaré dos semanas en casa de la tía Betty! «Sus programas de televisión son tan buenos como las historias del abuelo Pedro», pensó.

Su mamá dijo: —Con Betty tampoco será posible, pues ella tiene vacaciones mucho después!

Franz dijo: —Bueno, pues visitaré tres semanas a la abuela! Y pensó: «¿Donde la abuela también hay televisión y sus amigos cuentan historias divertidas!»

La mamá de Franz agregó: — No es posible. ¡En estas vacaciones la abuela se hará un tratamiento!

—y agrego con un suspiro: ¡Y Lily también dijo que no, pues encontró un empleo mejor!

Entonces Franz preguntó: —¿No podré entonces quedarme tres semanas donde Gabi y tres semanas donde Daniel?

Su mamá agitó la cabeza: —Dejarte más de una semana donde Daniel sería abusar de la bondad de la señora Eberhard!

A Franz le molestó mucho saber que su mamá opinaba que una estadía por más de una semana donde Daniel era convertirse en un abuso. Sin embargo, no dijo nada y solo se limitó a preguntar: —¿No será posible, entonces, que me quede cinco semanas donde Gabi?

Su mamá observó: —Donde Gabi solo puedes quedarte dos semanas. Después ella se irá de viaje con sus padres.

Franz hizo las sumas: dos semanas con Gabi, una semana con Daniel, tres semanas con sus padres: eso da seis.

Luego preguntó: —¿Y dónde me quedaré las tres semanas restantes?

—¡No tengo idea! —dijo su mamá, dando un suspiro. Entonces Franz recordó que Daniel iba a una casa de vacaciones para niños. Ella había contado con mucho entusiasmo cómo era esa casa; hablaba de lo maravilloso que allí se pasaba: decía que la comida era excelente y que las señoritas que cuidaban a los chicos eran magníficas personas. Contaba, incluso, que había un pony para montar y un lago para bañarse. También había aparatos para hacer gimnasia.

—¿Qué te parece si voy con Eberhard a la casa de vacaciones?

—Esa sería una buena solución —observó su mamá

En la casa vacacional todavía quedaba un cupo libre.

La mamá de Franz se alegró muchísimo. Franz en cambio se alegraba cada día menos, y el último día de clases, antes de salir a vacaciones, ya estaba completamente desilusionado de la idea. Jamás había estado fuera de casa sin su papá, su mamá o su abuela. Hasta entonces nunca había pasado una noche sin ellos y, sobre todo, sentía miedo de solo imaginarse las noches en la casa de vacaciones. Sin embargo, no se lo había dicho a nadie, pues no quería admitir que tenía miedo. ¡Pensaba que era tonto sentir miedo de las noches sin compañía de la familia!

Los últimos días antes de partir, Franz rezaba: «¡Dios mío, envíame un sarampión! ¡Virgen María haz que me dé gripe! ¡Jesucristo, rómpeme una pierna!» Sin embargo sus oraciones no sirvieron de nada: Infortunadamente el día de la partida estaba más saludable que nunca; pero aún conservaba una esperanza: «¡Quizás haya un atascamiento de autos camino a la estación! ¡Entonces perderé el tren!» Mas no hubo ningún trancón y llegaron más puntuales que nunca a la estación. Franz pensaba: «¡En este momento lo único que me puede salvar es un resbalón con caída y conmoción cerebral!» Tres veces intentó una caída aparatosa: una vez en la sala de espera de la estación, otra vez en la escalera automática y otra en el andén de acceso al tren. La primera vez su papá lo sostuvo, la segunda, su mamá lo agarró y la tercera vez le cayó a Daniel en los brazos, como un bulto de papas. Este exclamó: —¿Estás que te caes de la emoción? Franz comprendió que ya no podía escapar. Así que dejó de protestar y se dejó dar el beso de despedida de sus padres. Luego, cuando Daniel lo empujó al interior del tren y de un empujón lo sentó en un compartimiento tampoco dijo nada. Allí ya habían tomado asiento dos muchachos, uno de los cuales señaló a Franz y le preguntó a Daniel:

—¿Es tu hermanito menor? Daniel Eberhard exclamó: —¿Estás loco? ¡Franz es mi compañero de clase!

El otro muchacho observó burlón. —¡Habrás que ponerlo entonces en el libro de récords, como el niño de ocho años más pequeño del mundo!

Franz se sentó al lado de la ventana y siguió con la mirada a sus padres que ya se disponían a salir de la estación. Unas cuantas lágrimas asomaron a sus ojos.

—¿Estas triste? —preguntó Daniel. Franz no respondió. Triste como estaba, su voz no hubiera sido más que un pito agudo. Sólo faltaba que los dos muchachos dijeran: «¡Habrás que poner también al chiquillo en el libro de los récords, como el que tiene la voz de pito más aguda del mundo!»

## **LA HUELGA DE FRANZ**

La vida en la casa vacacional no era tan mala como Franz se la había imaginado. El primer día, algunos niños se rieron de él por ser tan pequeño, pero Daniel los puso inmediatamente en su sitio, previniéndoles: —¡Al que llegue a ofender a Franz, lo volveré papilla!

Entonces lo dejaron en paz. La mayoría de los niños, sin embargo, fueron amables con Franz desde el primer día. Las noches tampoco eran tan malas que digamos. Franz dormía con Daniel y Tomy en el mismo cuarto. Ambos parecían estar en una competencia de ronquidos. Daniel roncaba silbando, al estilo

del papá de Franz, y Tomy dando un resoplido, igual que la mamá. ¡Franz se sentía prácticamente como en casa!

Una de las señoritas que los cuidaban, la señorita Ruby, nombró a Franz peinador del pony, ¡y él estaba feliz de poder peinarle la cola todos los días!

Franz era el que mejor nadaba en el lago. A pesar de ser una cabeza más pequeño que los otros, siempre les tomaba un cuerpo de ventaja (un cuerpo del tamaño de Franz, naturalmente), lo cual lo hacía sentir muy orgulloso.

Hasta la comida sabía bien en aquella casa, salvo el chocolate, que tenía siempre nata por encima. A Franz, sin embargo, solo le molestaba una cosa: ¡Todo estaba ya programado y fijado por horario!: A las siete y media debían levantarse. A las ocho en punto debían desayunar y a las nueve había que ir al campo a jugar. A las doce en punto era la hora del almuerzo. Y así transcurría el día en estricto orden hasta la noche. A las ocho ya debían estar en la cama y a las nueve en punto apagaban la luz.

A Daniel y a Tomy tampoco les gustaba ese horario tan estricto y siempre le daban la razón a Franz cuando éste se quejaba: —¡Aquí siempre está uno programado!

Un día, cuando la campana llamó a almorzar, Daniel se recostó sobre la cama, cruzó los brazos y dijo: —¡Ya no juego más a esto! —¡Lo mismo digo yo! —murmuró Tomy, y también cruzó los brazos.

—Pero tenemos que ir a almorzar, —dijo Franz...

—No tenemos que ir —dijeron Tomy y Daniel. Entonces Franz se recostó también sobre la cama, cruzó los brazos y miró de reojo su reloj. A las doce y doce minutos se abrió la puerta y un chico les gritó:

—¡Oigan, que vengan a almorzar!

Los tres ni se mosquearon, y el chico simplemente se limitó a decir: —¡Tontos! —y se fue. Franz continuó mirando su reloj.

A las doce y veinte volvió a abrirse la puerta y la señorita Ruby entró en el cuarto.

—¿Están enfermos? —preguntó.

—Estamos en contra de que nos programen de manera tan estricta — dijo Daniel. Tomy agregó: —¡No queremos estar dependiendo siempre del reloj! Y Franz añadió con su vocecita: —¡Porque en las vacaciones no deben existir las obligaciones!

—¿Entonces cómo quieren las cosas? —preguntó la señorita Ruby.

—Flexibles —dijo Daniel. —De acuerdo con las ganas que uno tenga —observó Tomy. —espontáneamente —dijo Franz con su voz aguda, sintiéndose orgulloso de emplear esa palabra tan complicada.

—Pero me temo —dijo la señorita Ruby— que si van al comedor espontáneamente y cuando tengan ganas, los demás niños ya se habrán comido todo el jamón!

Daniel saltó entonces de la cama y salió corriendo del cuarto hacia el comedor. Tomy salió también a toda carrera detrás de éste. ¡El jamón era el plato preferido de ambos!

—Bueno, ¿y tú? —le preguntó la señorita Ruby a Franz. Este volvió mirar su reloj. Ya eran las doce y media. Franz pensó: «¡Doce y media es una buena hora para comer y yo mismo la he escogido espontánea y flexiblemente, de acuerdo con las ganas que tengo!» Franz se dirigió entonces al comedor, acompañado de la señorita Ruby. A él le tocó la última porción de jamón.

Dos días más tarde le escribió una postal a su mamá. En ella se apreciaban la casa de vacaciones y el lago; por el reverso decía:

*¡Hemos hecho huelga porque no queríamos ir a almorzar a las doce! Pero como, de todos modos, a las doce tenemos hambre, ahora estamos almorzando voluntariamente a esa hora. Besos, Franz.*

### **DE CÓMO SE VENGÓ FRANZ**

Una noche, cuando ya estaban en la cama, Tomy dijo: —¡Tengo que vengarme de Miguel!

—¿Por qué? —pregunto Daniel.

—Porque Miguel dijo que yo soy un mico —respondió Tomy.

—Miguel sí que es un mico —dijo Daniel—. ¡Y, además, cree en fantasmas!

—¡Magnífico! —exclamó Tomy—. Lo asustaré con fantasmas.

—¿Y cómo? —preguntó Daniel.

—Me pondré una sábana sobre la cabeza —explicó Tomy—. Por debajo llevaré una linterna que alumbrará a través de la sábana. ¡Luego me colaré en su cuarto y rugiré junto a su cama hasta que se despierte!

A Franz esto le pareció un poco malvado. Sin embargo, decidió no decir nada. Tomy estaba empeinado en su idea y seguramente no le hubiera hecho caso.

Franz pensó: «¡Impediré que asuste al pobre Miguel!» Y enseguida se le ocurrió una idea. Pensó que, en realidad, él mismo tenía toda la razón del mundo para vengarse de Tomy.

¡Tomy molestaba a Franz casi a diario! Le metía una esponja empapada debajo de las cobijas, le escondía los tirantes de los pantalones, le cosía una manga o le echaba una mosca de plástico en el plato de sopa ¡Alguna vez hasta le clavó un zapato al piso!

Y si Franz se enojaba por ello, Tomy le decía simplemente: —¡No seas tan aburrido! ¡Hay que divertirse un poquito!

Franz pensaba. «¡Espera Tomy! ¡Serás víctima de tu propio invento!» A la mañana siguiente, Franz le dijo a Miguel al oído: —Tengo que hablar contigo, en secreto. ¡Sígueme sin que los demás se den cuenta!

Detrás de la casa, cerca de los contenedores de la basura, Franz y Miguel se acurrucaron y conversaron durante largo tiempo. Cuchicheaban y se reían.

—¿Esta todo claro? —preguntó Franz finalmente. —¡Todo claro! —respondió Miguel.

Después del almuerzo, los niños tenían una hora de descanso. La mayoría de las veces Daniel, Tomy y Franz leían durante este tiempo. También escribían tarjetas. Ese día, sin embargo, Tomy dijo:

—¡Tengo que dormir! ¡Esta noche debo estar en forma para disfrazarme de fantasma!

—¿A qué hora te vas a disfrazar? —preguntó Franz.

—A media noche, naturalmente — dijo Tomy.

Daniel dijo en medio de una risita disimulada: —¡Los fantasmas aparecen siempre a las doce en punto!

—Sin duda —observó Franz. Luego murmuró: Tengo que ir por allí —e hizo como si tuviera que ir al baño. En realidad fue al cuarto vecino y le susurró algo a Miguel en el oído.

Por la tarde, Franz le pidió prestado el despertador a Andrés; lo puso a las doce menos cinco minutos y se lo dio a Miguel. ¡Por supuesto que en el más absoluto secreto! Tampoco le dijo nada a Daniel Eberhard, pues a éste le parecía formidable la idea de Tomy y ya se alegraba de pensar en lo que pasaría a media noche. —Nos divertiremos de lo lindo — decía. Claro que sí —observó Franz mientras sonreía pícaramente.

Ya de noche Tomy esperaba, muy juicioso en su cama, a que fueran las nueve en punto, para que en la casa hubiese absoluto silencio y afuera hubiese total oscuridad. Después de las nueve no podía estar encendida la luz en ningún cuarto. ¡Pasaron las diez y las once! Daniel bostezaba a más no poder e incluso Tomy empezaba ya a bostezar un poquito. Franz, sin embargo, permanecía más despierto que nunca y el corazón le palpitaba con mucha fuerza por la emoción.

De pronto, Eberhard preguntó: —¿Tomy, no te gustaría adelantar un poco el «espantamiento»? Los ojos ya se me están cerrando.

—¡Ni se te ocurra! —dijo Franz con su voccecita chillona—. ¡Miedo de verdad solo da a media noche!

—¡Exactamente! —dijo Tomy, y continuó esperando en medio de la oscuridad. Pero cada cinco minutos encendía la linterna y miraba el reloj. Finalmente dijo: —¡Tres minutos para las doce! ¡Manos a la obra!

Daniel y Franz saltaron de sus camas y sacaron las sábanas de los colchones. A la luz de la linterna, envolvieron el cuerpo de Tomy en una sábana y le pusieron la otra sobre la cabeza. Tomy, el fantasma, se veía de verdad temible: ¡como para salir corriendo! ¡Especialmente la luz de la linterna, que titilaba opacamente a través de la sábana, era como para poner la piel de gallina!

—¡Adelante! —murmuró el fantasma; se dirigió a tientas hacia la puerta y salió al corredor. Daniel y Franz salieron detrás de él. En el corredor, la oscuridad era total y solamente allá adelante, en la escalera, alumbraba una diminuta lamparilla.

El fantasma continuó torpemente su camino hacia la alcoba vecina. Sigilosamente abrió la puerta y se coló en el cuarto. Franz cerró la puerta nuevamente con un rápido movimiento. En el interior del cuarto se oyeron gemidos terribles, resoplidos y rugidos fantasmales. ¡Pero no era Tomy el que producía esos sonidos! ¡Tal vez ni siquiera el más experto de los fantasmas podría hacer esos ruidos!

Luego se abrió violentamente la puerta y el fantasma Tomy salió del cuarto dando tumbos, para dejarse caer, luego, en los brazos de Daniel. ¡Temblaba de pies a cabeza! Daniel sostenía en los brazos al tembloroso fantasma y miraba muy sorprendido al interior del cuarto de Miguel. Allí había cuatro camas y en cada una de ellas estaba sentado un horrible fantasma. El fantasma que estaba en la cama de Miguel exclamó: —¡Eres un mico, Tomy!

Tomy estaba tan tembloroso, que casi no era capaz de caminar. Daniel tuvo que arrastrarlo de regreso a su cama. El aprendiz de espanto se acostó y continuó temblando. Sólo después de un buen tiempo pudo calmarse nuevamente y conciliar el sueño.

A la mañana siguiente, Tomy preguntó muy furioso: —¿Cuál de los dos me jugó esa mala pasada?

—Jamás lo sabrás —dijo Daniel, quien, a la hora de la verdad, estaba siempre a favor de Franz. Y Franz, por su parte, observó con su vocecita chillona: —¡Eso no tiene importancia! ¡No seas tan aburrido! ¡Hay que tener sentido del humor!